

TIEMPOS DE MUJERES. ESCALAS DE ANÁLISIS Y METODOLOGÍA ARQUEOLÓGICA

*Paloma González Marcén*¹

Departamento de Prehistoria
Universidad Autónoma de Barcelona

RESUMEN

La estructura temporal de los relatos históricos conlleva dos argumentos que afectan de lleno a la construcción de enfoques feministas en la investigación arqueológica: por una parte, los factores estructuradores de la narrativa que visualizan y demarcan continuidades y discontinuidades en la existencia de los grupos humanos, es decir, que definen sus cambios, y por la otra, la diferente mirada histórica que supone la perspectiva temporal adoptada, es decir, desde la historia como proceso abstracto a largo plazo hasta la historia como experiencias singulares en contextos socio-culturales específicos. Partiendo de los esquemas temporales propuestos por la historiografía de los últimos cincuenta años se revisan las distintas escalas temporales manejadas por las investigaciones arqueológicas y sus implicaciones en el desarrollo de enfoques feministas en la práctica disciplinar.

Palabras clave: Tiempo histórico, Arqueología feminista, Metodología arqueológica.

ABSTRACT

The temporal structure of historical narratives imply two kind of arguments relevant for developing feminist approaches in archaeological research: first, the structuring factors of narration which visualize and pinpoint continuities and discontinuities in the existence of human groups; second, the different points of view associated to the adopted temporal perspective, i.e., from history explained as an abstract long-term process since a conception of history as singular experiences in specific socio-cultural contexts.

1 Correo electrónico: paloma.gonzalez@uab.es

Starting from temporal schemes proposed in the last fifty years by historians of different theoretical schools, the temporal scales used in archaeology are reexamined and their implication for developing feminist approaches in archaeological practice are evaluated.

Key words: Historical Time, Feminist Archaeology, Archaeological Method.

Existen pocos conceptos en la Humanidad tan polisémicos y, a la vez, tan incuestionables aparentemente como el concepto de y del tiempo. De la filosofía oriental a la occidental, el pensamiento sobre el tiempo dota de carácter fundacional al discurso. Transcurso o ausencia del tiempo, cambio e inmutabilidad, circularidad y direccionalidad entretejen sus combinatorias en formas de concebir el devenir de los seres humanos y su expectativa de porvenir.

Pero de forma paralela a discursos filosóficos, mitológicos y cosmológicos sobre el tiempo, existe una percepción del tiempo de escala humana, nacida de la experiencia y construida desde la infancia. Ese tiempo vivido que es la vida sólo hay dos formas de percibirlo: la vida como sumatorio de tiempos acotados y acumulados o la vida como un fluido temporal constante, con sus meandros y vericuetos (Hall, 1983). En nuestra compleja y acelerada sociedad occidental contemporánea parecen darse estos dos modos de vivencia de la vida de forma sexualmente diferenciada hasta tal punto que ha sido posible investigarlos y cuantificarlos.

Para la creciente producción de investigaciones feministas en el campo de las ciencias sociales la concepción, la percepción y el uso del tiempo de las mujeres ha supuesto un campo de estudio explorado desde diversos ángulos y temáticas, incluyendo la arqueología del género (Damm, 2000; Hurcombe, 2000). Sin embargo, el uso histórico del concepto de tiempo tan sólo ha sido tratado marginalmente en la historiografía feminista a pesar de tratarse de la disciplina que, por definición, se caracteriza por su dimensión temporal (Palazzi, 1999). Esta aparente paradoja se explica por el hecho de que, en la investigación histórica, el tiempo tiende a considerarse exclusivamente una instancia metodológica cuya función se limita a acotar y pautar el objeto de estudio, mientras que en el campo de la psicología, la sociología, la geografía o la antropología todas las dimensiones del tiempo mismo han adquirido la condición de variable social, económica, cultural y simbólica (Adam, 1990).

Sin embargo y como veremos, la estructura temporal de los relatos históricos conlleva dos argumentos que afectan de lleno la construcción de enfoques feministas en la investigación: por una parte, los factores estructuradores de la narrativa que visualizan y demarcan continuidades y discontinuidades en la existencia de los grupos humanos, es decir, que definen sus cambios, y por la otra, la diferente mirada histórica que supone la perspectiva temporal adoptada, es decir, desde la historia como proceso abstracto a largo plazo hasta la historia como experiencia singular en un contexto socio-cultural específico.

LA ESTRUCTURA TEMPORAL DE LA HISTORIA

La historia, como la disciplina que se ocupa de los humanos en el tiempo, ha tendido a proyectar de forma selectiva escalas y experiencias del tiempo en su discurso, aunque, frecuentemente, se haya ocultado esta representación parcial de las concepciones temporales bajo una capa de neutralidad. Ciertamente, hay un aspecto del manejo del tiempo histórico que, aparentemente, no admite discusión ni de género ni de ningún otro tipo de condicionante teórico: la datación. No obstante, hay que recordar que la significación histórica no la posee la datación en sí sino aquel acontecimiento a la que la asociamos y que pasa a representar un hito calendárico en el relato. En arqueología, la neutralidad de la datación resulta aún más problemática, ya que junto a consideraciones técnicas, la cronología de un objeto o contexto dota de una significación específica a ese objeto o ese contexto en la explicación histórico-arqueológica, tanto si se trata de un punto cronométrico como si propone secuencias de anterioridad y posterioridad. Las claves que demarcan la significación del tiempo contable o el tiempo secuencial, aportado en arqueología por técnicas de datación absolutas o propuestas de series tipológicas o estratigráficas, vienen dadas, por tanto, no residen en la datación misma sino en dónde y cómo se ubican en la narración histórica (González Marcén y Picazo, 1998).

Sin pretender realizar un recorrido exhaustivo por las diferentes concepciones temporales que han sustentado el ejercicio de la escritura histórica occidental desde sus orígenes clásicos, sí que me detendré en esbozar a grandes líneas los diferentes enfoques, que referentes a las escalas temporales, han caracterizado la historiografía del siglo XX.

Está ampliamente reconocida la fundamental aportación de Fernand Braudel en la conceptualización del tiempo histórico formulada por primera vez en su monumental obra *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, publicada en 1949, en la que proponía la existencia de tres niveles temporales, el tiempo largo, el tiempo medio y el tiempo corto que corresponderían, respectivamente, a la estructura social, la coyuntura histórica y a los acontecimientos (Braudel, 1969).

En su momento, el esquema de Braudel fue aplaudido por lo que se consideraba la superación definitiva de la noción del acontecimiento que había configurado el esquema temporal único de la historia decimonónica, ya que había considerado de forma casi única los acontecimientos –los “grandes acontecimientos”– olvidando los condicionantes sociales, económicos y políticos que subyacían. De este modo se ampliaban las directrices metodológicas que se habían formulado inicialmente en las obras de Marc Bloch y Lucien Febvre, maestros de Braudel en la escuela de *Annales*, y daba paso a una historiografía centrada en lo social tanto en el largo plazo, trasfondo de cambio lento, como en el medio plazo, escenario del dinamismo del cambio rápido.

A pesar de las críticas que ha recibido durante mucho tiempo esta escuela historiográfica francesa por parte de los historiadores marxistas por su falta de teorización social (que no

metodológica) (Fontana, 1982), el materialismo-histórico se ha sentido también cómodo en este esquema temporal braudeliano mediante el cual puede compaginar el tiempo largo, casi estático, del modo de producción, con las coyunturas históricas de cambio y conflicto (Vidal, 1999).

Este medio plazo de Braudel, que él mismo hacía corresponder con la historia social, se convirtió en la arena de temporalidad histórica donde se produjo, desde finales de la década de los setenta, la crítica a los modelos historiográficos que Georg Iggers (1998) denomina “socio científicos” de la escuela de *Annales* y del marxismo clásico. Para estas nuevas formas de pensamiento histórico, que se representan tanto en la llamada “historia de la vida cotidiana” (Lüdtke, 1989) como, de forma incipiente, en los estudios de algunos historiadores marxistas como E.P.Thompson (1963, 1991) el objetivo de estudio de esta otra historia social radica en lo que Hans Medick (1989: 50) expresa como característica, y, al tiempo, desafío: “La investigación en el campo de la historia social se tiene que enfrentar a un problema metodológico fundamental, a saber, cómo comprender y presentar la constitución dual de los procesos históricos, la simultaneidad de relaciones ya dadas y producidas, la compleja interdependencia entre estructuras globales y la práctica concreta de los “sujetos”, entre las relaciones vitales, productivas y de dominación, por un lado, y las experiencias y formas de conducta de los afectados, por el otro”.

De la mano de esta renovada historia social, de fuerte componente antropológico, es decir, con una mirada más cercana a actores y actrices del proceso histórico y de gran influencia en la historiografía feminista (Canning, 1994), han surgido otras propuestas historiográficas que intentan aguzar aún más el ojo en su búsqueda de las formas específicas de sobrellevar ese enorme peso de las estructuras sociales de las que hablaban Braudel y compañía. Sin duda, el historiador italiano Carlo Ginzburg ha sido quien más ha difundido la noción de “microhistoria” (Ginzburg y Poni, 1979) que ha acabado dando nombre a una corriente historiográfica que, descendiendo un peldaño más en la escala temporal de Braudel, se acercan al “acontecimiento”, aunque entendido como la experiencia vital de una persona en singular.

Tanto el cambio de la perspectiva temporal de la microhistoria, como el de la historia de la vida cotidiana alemana, proceden de una insatisfacción con los objetivos explicativos de la historia estructural en tanto que su visión de procesos de largo plazo y (casi) siempre progresivos oculta(ba) lo que Lüdtke (1989) denominó “fuerzas destructivas” —el coste humano de la historia— en contraposición al concepto de “fuerzas productivas” de la historiografía marxista clásica o lo que Natalie Zamon Davis (1984) consideraba una forma de dar voz a aquellas personas que no habían sido consideradas dignas de ser escuchadas.

LOS TIEMPOS ARQUEOLÓGICOS

La arqueología como disciplina apenas ha prestado atención a este rico debate historiográfico de los últimos treinta años², estando, en cambio, más atenta al desarrollo de la antropología social que, tradicionalmente y desde la obra de Lewis Morgan a finales del siglo XIX, le ha ido proporcionando soluciones interpretativas a sus enigmas artefactuales. De hecho, la concepción del tiempo arqueológico como problema es muy escasa en la literatura teórica y metodológica de los últimos años, más allá de las disquisiciones (necesarias y convenientes, sin duda) sobre las técnicas de datación y su manejo. Más de cincuenta años después de que Gordon Childe reivindicara el carácter histórico de la investigación arqueológica se pueden contar con los dedos de una mano los trabajos que se han centrado específicamente sobre el uso del tiempo en arqueología (Gosden, 1994; Bradley, 1991; Thomas, 1996; Karlsson, 2001; Gavin, 2005). Significativamente, ninguno de estos trabajos adoptan una perspectiva explícitamente histórica del tiempo arqueológico, sino que fundamentan sus aproximaciones en aportaciones filosóficas reflexivas o antropológicas perceptivas, obviando el carácter eminentemente temporal (y problemático) de los fundamentos de su discurso disciplinar.

En la ya larga lista de publicaciones de arqueología feminista y del género no ha habido tampoco una preocupación excesiva por cuestionar el tiempo arqueológico, y sus aportaciones han ido, mayoritariamente, encaminadas a (re)interpretar, desde estas perspectivas, conjuntos empíricos en marcos temporales ya establecidos desde la prehistoria hasta el mundo actual, y a deconstruir arquetipos discursivos, incrustados con fuerza en la práctica académica, educativa y político-divulgativa (Gilchrist, 1999; Conkey y Gero, 1997; Bertelsen, Lillehammer y Næss, 1987). Estos trabajos, realizados en gran medida por arqueólogas del ámbito académico anglosajón y escandinavo han conllevado dos tipos de aportaciones fundamentales; por una parte, la reubicación epistemológica de las investigaciones arqueológicas y/o basadas en el estudio de la cultura material desde planteamientos feministas y, por la otra, la propuesta y aplicación de categorías y metodologías alternativas o complementarias para la interpretación histórico-social del registro arqueológico.

A pesar de esta ausencia de teorización explícita, la práctica de la investigación feminista y de género en arqueología sí que ha mostrado, como veremos, una preferencia clara hacia escalas temporales de medio y de corto plazo, en contraposición a las investigaciones centradas en el largo plazo en cual tienen difícil cabida estas aproximaciones.

2 Resulta ilustrativo que la arqueología anglosajona no se haga eco de los *Annales* hasta al cabo de cincuenta años de la fundación de la revista que da nombre a la escuela historiográfica (Hodder, 1987; Bintliff, 1991; Knapp, 1992), mientras que en la arqueología francesa el reconocimiento de su vinculación ontológica con la historia no ha comportado un debate teórico interdisciplinar (Coudart y Olivier, 1995).

EL TIEMPO LARGO DE LOS PERIODOS

La periodización ha sido y sigue siendo el principio temporal que organiza el discurso arqueológico. Planteado como una instancia meramente instrumental, periodizar en arqueología estriba en articular las cronologías relativas de conjuntos empíricos, establecidas a partir de secuencias evolutivas de artefactos, estratigrafías o series de dataciones, en un tiempo histórico global y abstracto. Así pues, las periodizaciones ordenan series diacrónicas particulares en referencia a criterios de significado general para distinguir entre cambio y continuidad.

De hecho, el establecimiento del Sistema de las Tres Edades de Christian Thomsen, a principios del siglo XIX, propició el desarrollo de los instrumentos metodológicos que, desde entonces, permitirían dar el salto desde el anticuarismo coleccionista a la arqueología científica del siglo XX. Por otra parte, uno de los primeros pasos que, poco después, permitiría la comprensión de la antigüedad de la especie humana fue el reconocimiento, por parte de los geólogos, del proceso de estratificación y que, aplicado a la naciente investigación prehistórica, concluyó en el paralelismo de las dinámicas de la estratificación geológica y arqueológica. Estos principios fundamentales —la tipología y la estratigrafía— se basaban en una idea de temporalidad profunda y a un concepto de cambio cercano al manejado tradicionalmente en las ciencias naturales (Groenen, 1994).

Esta noción ha quedado impregnada en la investigación arqueológica, que en los últimos años ha querido reconocer en este esquema temporal su particular idiosincrasia disciplinar, que ha venido avalada “históricamente” por su encaje con el tiempo largo de la propuesta de Braudel (Hodder, 1987; McGlade, 1999) (figura 1). En la *longue durée* han encontrado fácil acomodo los análisis de (ciertos) cambios tecnológicos o los estudios de arqueología medioambiental. Pero también se adapta, en tanto que trasfondo casi estático, a los acercamientos



Figura 1

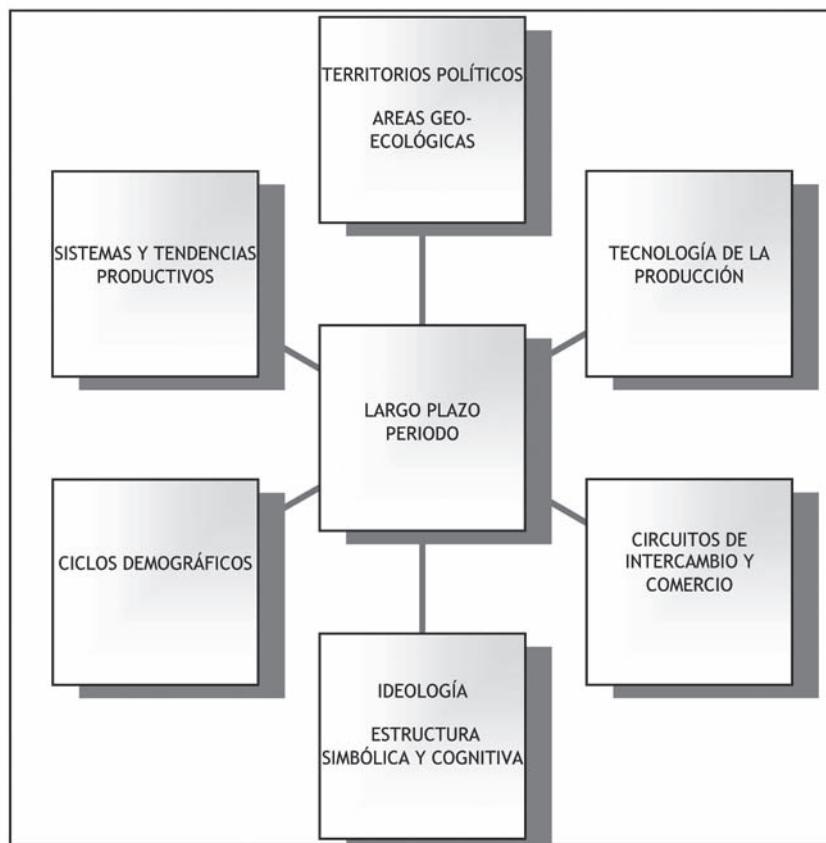


Figura 2

que enfatizan la estructura simbólica como denotadora de bagajes culturales específicos que construyen los escenarios socio-naturales desde donde actúan comunidades humanas en un tiempo y un espacio específicos (Criado, 2001).

La pregunta, sin duda, estriba en por qué y hasta qué punto las periodizaciones arqueológicas son incompatibles con los dos argumentos que mencionaba anteriormente de relevancia para *feminizar* el tiempo histórico. ¿No participan acaso las mujeres en las variables que marcan las continuidades y rupturas de largo plazo? Y en el caso que no fuera así, ¿no sería posible plantear una periodización alternativa que diera cabida a las mujeres?

Empezaré por contestar a la primera pregunta que no es otra cosa más que diseccionar cuáles son las variables que ondean en la bandera del cambio, de la demarcación del período, y qué categorías arqueológicas se les asocian. Si nos detenemos a reflexionar por un momento en cada una de ellas y de todas en conjunto, habremos de concluir, en primer lugar, la ausencia de una variable básica que afecta de forma directa a la propia existencia de

las mujeres: la reproducción, tanto biológica –sublimada en la variable de “ciclos demográficos”– como social –ocultada en la “estructura ideológica y simbólica”– ya que se tiende a asumir como tal, la de los grupos dominantes. Tampoco aparecen como discriminadores los espacios de tránsito de corto trayecto ni los intercambios fuera de circuitos de media o larga distancia. Y, por supuesto, están ausentes las pautas y estrategias de consumo, exceptuando aquellas que, en su calidad de formas rituales, se reconduzcan a la variable ideológica y simbólica (figura 2).

Nos hemos de plantear así necesariamente la segunda opción, es decir, la construcción de nuevas periodizaciones como estrategia de reescritura histórica, ya que las variables periodizadoras simplifican la multiplicidad social en torno a ámbitos de actividad asociados histórica y etnográficamente al género masculino. Esta posibilidad ya la planteaba la historiadora Natalie Zamon Davis (1976) hace treinta años y se ha barajado con cierta frecuencia en la investigación histórica, especialmente cuando se han constatado incoherencias entre las periodizaciones convencionales establecidas y la trayectoria temporal de determinados ámbitos de la organización social. Por ejemplo, los estudios llevados a cabo sobre historia de la familia durante estos últimos veinte años han demostrado que su periodización no encaja en las categorías de periodización establecidas y que, si bien se articulan con las variables que demarcan los cambios históricos considerados globales, muestra una cadencia de continuidad y cambio propia (Hareven, 1991). Por tanto, en arqueología podríamos considerar también periodizaciones alternativas a las existentes tanto en lo que se refiere a las grandes periodizaciones fundacionales (Paleolítico, Neolítico, Edad de los Metales), como en las internas de los grupos arqueológicos regionales. Desgraciadamente no conozco ningún ejemplo de reformulación de los períodos convencionales que no reproduzcan los sesgos de la propuesta original, –como es el caso de la secuencia “sociedades depredadoras-sociedades agrarias-sociedades industriales”–, pero no por ello es imposible, ya que podríamos proponer secuencias operativas desde la metodología arqueológica basada en formas de cobijo y vivienda, en tasas de mortandad y esperanza de vida, en pautas de alimentación, etc. Seguramente todas ellas nos parecen, en una primera lectura, estrafalarias y poco operativas, pero ello se debe no a la mayor o menor dificultad de dotarlas de contenido empírico, sino a que hemos naturalizado de tal forma los fundamentos y procedimientos estructuradores de nuestro tiempo arqueológico que cualquier desviación se nos asemeja cuanto menos farragosa.

EL TIEMPO CORTO DE LOS ASENTAMIENTOS: LA ESCALA DE LA VIDA COTIDIANA

La segunda escala de análisis de Braudel, el estudio de la coyuntura, se ha configurado en los últimos años como la escala preferida del tiempo arqueológico para aquellos enfoques de la investigación preocupados por dotar de contenido “social” a la interpretación histórica, en contraposición a otras interpretaciones más vinculadas a establecer los cambios tecnológicos, ecológicos, políticos o cognitivos a largo plazo. ¿Qué se entiende en este contexto

por “social”? Formulándolo de modo simple, podríamos decir que lo social arqueológico se refiere a la posibilidad de proponer modelos de las relaciones sociales que se establecen entre diferentes tipos de grupos de personas y que resulta posible inferir a partir del estudio de uno o varios yacimientos. En esta sencilla definición cabrían diferentes enfoques a la hora de categorizar tanto las formas relacionales como la delimitación de tipos de personas (grupos sociales) que establecen relaciones determinadas, como las características estructurales y dinámicas de los modelos. Caben, por tanto, acercamientos marxistas, que enfatizan las relaciones de explotación; acercamientos funcionalistas, que subrayan las estrategias adaptativas; acercamientos culturalistas, que destacan la construcción material de las identidades y las diferencias; y, caben también los acercamientos feministas ya que resulta (teóricamente) posible delimitar a las mujeres como grupo social. Caben, en suma, todos aquellos enfoques que, abandonando el telescopio de los periodos, sistemas y sociedades, optan por mirar por el microscopio a esas “entidades”.

Sin embargo, el procedimiento mediante el cual se aborda su estudio implica también subsumir características singulares en categorías abstractas, ya que la propuesta de modelos conlleva la conversión de conjuntos de evidencias en expresión de grupos sociales y, más aún, en la formulación teórica de las relaciones que éstos establecen. Del mismo modo, la escala temporal de estos acercamientos se construye también como abstracción condicionada empíricamente no sólo por la horquilla de precisión de las diferentes técnicas de datación existentes en la actualidad en nuestra disciplina, sino fundamentalmente por las propias características del registro arqueológico y por la forma que tenemos de mirarlo.

Ya hace bastantes años, Lewis Binford (1981) realizó una llamada de atención sobre la que él denominó “premisa pompeyana” por la que se obviaban los múltiples factores que confluían en la formación de los yacimientos arqueológicos. Ciertamente, en la mayoría de yacimientos arqueológicos, el registro que se obtiene mediante la excavación no se corresponde (más que en casos excepcionales) a un único momento o punto temporal, sino a una acumulación de diversas acciones sucesivas y superpuestas (las fases de construcción, las remodelaciones, los usos, los ocultamientos, los abandonos, los olvidos...) que, para mayor dificultad, se ha modificado sustancialmente debido a los llamados procesos postdeposicionales. Pero además del entrecruzamiento y superposición de momentos y duraciones temporales diversas, hemos de recordar que la arqueología social tiene como objetivo la formulación de modelos sociales que se expresan necesariamente también en el espacio, ya que no sigue la trayectoria de un objeto o de una persona, sino de una entidad (llamémosla comunidad, sociedad o población) susceptible de ser analizada y comprendida en términos de relaciones sociales. Así pues, los entrecruzamientos y superposiciones se multiplican y hacen que se requiera una unidad espacio-temporal que las subsuma: las fases de ocupación de los asentamientos específicos.

Desde una perspectiva metodológica, esta escala espacio-temporal se corresponde, a grandes rasgos, con la llamada *Household Archaeology* en el ámbito anglosajón (Wilk y Rath-

je, 1982; Allison, 1999) y con la arqueología etnológica francesa surgida de las propuestas de André Leroi Gourhan (Leroi Gourhan y Brézillon, 1972; Lemmonier, 1993). Esta arqueología de los asentamientos que permite proponer modelos de relaciones intragrupalas en términos sociales parte de una lectura del registro en términos de detección de hábitos y normas reiteradas que configuran los modelos de comportamiento social normalizado (figura 1). Se trataría de lo que podríamos denominar el factor común de los diversos momentos temporales mostrados en un yacimiento expresado en reiteración de aquellas pautas sociales que conforman la base de convivencia de las comunidades humanas; en otras palabras, las pautas de la cotidianeidad, o si se opta por un término más en boga en los últimos años, el hábito (Bourdieu, 1972).

No obstante, en los últimos años, algunos investigadores han iniciado un reevaluación de esta escala de análisis, no sólo en términos de interpretación social, sino también considerando la complejidad temporal que lleva inherente y los sesgos interpretativos a los que conducen las propuestas de tiempo sintético en las fases de ocupación de casas, de asentamientos o de utilización de construcciones particulares (Foxhall, 2000; Hodder y Cessford, 2004). En estos trabajos se destacan dos aspectos complementarios del análisis de las trayectorias temporales que configuran el tiempo corto de los asentamientos: por una parte, la necesidad de contextualización y caracterización de estas acciones recurrentes y reiteradas que se muestran en el registro arqueológico y que tienden a ser interpretadas sesgadamente en términos de las variables que estructuran el tiempo largo de los períodos, y, por la otra, la centralidad de las acciones cotidianas en la reproducción de formas sociales y culturales. En ambos casos se sugiere además que los componentes temporales, espaciales y “sociales” de la cotidianeidad son complejos y diversos y que son susceptibles de ser estudiados y disecionados más allá de la proyección de sincronía y estatismo asociado a su interpretación como unidad sintética.

La atribución de ciertas actividades a la práctica cotidiana de las mujeres no está exenta de debate y, en cierta medida, se ha tendido a vincularla con posicionamientos esencialistas o conservadores que ubican a las mujeres en un ámbito de acción social limitado y limitador (Magallón, 1999). Paralelamente, el reconocimiento de la diversidad de fórmulas culturales en la organización material de los sistemas de género ha apuntado a la prudencia necesaria a la hora de abordar caracterizaciones de orden universalista del colectivo de mujeres y de sus situaciones (Moore, 1988). No obstante y más allá de estas cautelas, partimos de la premisa de que sí resulta posible, desde una perspectiva histórica y etnográfica, reconocer ciertos patrones básicos que asocian a las mujeres a un abanico de actividades que ya en otros trabajos hemos denominado “actividades de mantenimiento” (González Marcén y Picazo, 2005).

De modo esquemático, el patrón básico de estas actividades incluye los trabajos relacionados con la alimentación, la salud, el cobijo, el bienestar y la curación e higiene, con un bagaje de conocimientos especializados y unas prácticas tecnológicas y simbólicas específicas. Además, se relacionan con todas las formas de cuidado que crean y conservan las relaciones sociales básicas, las que conforman y sostienen la práctica cotidiana de los grupos

humanos. Precisamente la función de estas tareas de mantenimiento reside en asegurar la posibilidad de reiteración y de recurrencia de las actividades del grupo y que los cambios en estas últimas se canalicen en nuevos modelos de reiteración y recurrencia, es decir, en nuevas formas de gestión de la cotidianeidad. Como ya se ha apuntado en otros trabajos, los conjuntos arqueológicos en sentido amplio, es decir, la cultura material en contexto de uso o abandono, conforman un campo de evidencia fundamental para las actividades de mantenimiento en cuatro sentidos básicos. En primer lugar, por las propiedades de los artefactos arqueológicos como instrumentos de las tecnologías domésticas o de mantenimiento (Spector, 1983; Hendon, 1996); en segundo lugar, por su función como mediadores en las prácticas sociales (Spector, 1991; Gilchrist, 1994); en tercer lugar, por la disposición de objetos y actividades en el espacio (Hastorf, 1991; Nevett, 1994; Curià *et alii*, 2000); y, por último, por la asociación de todo ello con acciones reiteradas y concretas, es decir, con la escala básica de temporalidad social, la cotidianeidad, que se conforma así como la escala temporal propia de las actividades de mantenimiento (Picazo, 1997).

EL TIEMPO DE LOS ACONTECIMIENTOS: LA MICROARQUEOLOGÍA

En la década de los años setenta y ochenta del siglo pasado, las propuestas de la microhistoria italiana reformularon profundamente la consideración teórica y el manejo metodológico del “acontecimiento” como la unidad espacio-temporal mínima de las temporalidades históricas propuestas por Braudel. Si para éste el *événement* podía ser desplazado del análisis histórico, para la microhistoria el acontecimiento, entendido como el dato singular, adquiere protagonismo absoluto en tanto que “indicio” que abre el camino a la investigación (Ginzburg, 1999). Este “método indiciario”, que muestra paralelismos con el método arqueológico, opera, por contra, de forma opuesta a nuestra tradición disciplinar, ya que no releva las tendencias comunes de los grupos de evidencias, sino que destaca la excepcionalidad dentro de la norma (Peltonen, 2001). Con ello se plantea la investigación a partir de un elemento que no encaja, algo que no se ajusta a la previsión y que exige ser explicado. Mediante este método, la microhistoria se propone un doble objetivo: metodológico, por una parte, al proponer un método alternativo para la evaluación de la evidencia histórica cercano las teorías filosóficas de la abducción de Charles Peirce, pero también ontológico al situar en el centro de la reflexión las voces y las experiencias marginales/marginadas de la historia (Muir, 1998).

De hecho, ya hace algunos años que la arqueología se ha hecho eco de la necesidad de rentabilizar, desde el punto de vista heurístico, el particular y único carácter de la cultura material del pasado en su calidad de testimonio directo de la acción humana en todos los ámbitos de las diversas situaciones históricas. En este contexto se han generado toda una serie de aproximaciones que pretenden crear un discurso más “humanizado” de la evidencia arqueológica que se oponga a los proyectos generalizadores del positivismo. Conceptos como la práctica social, la acción social o la construcción del sujeto se han convertido en tér-

minos relativamente recurrentes en la literatura arqueológica, especialmente la anglosajona (Dobres y Robb, 2000; Fowler, 2004). Sin embargo, en términos generales, la escala interpretativa ha seguido empleando el procedimiento sintetizador del tiempo social.

¿Qué implicaría entonces asumir el programa microhistórico en arqueología y en cuál sería su dimensión interpretativa? Y más aún, ¿en qué medida esta eventual microarqueología resultaría relevante para una arqueología de inspiración feminista? Recientemente, Margaret Conkey (2003) hacía balance de la relación entre el feminismo y la arqueología y apuntaba precisamente, entre otras consecuencias de esa relación establecida en los últimos veinte años, a la reformulación crítica de categorías de análisis y la observación detallada de la escala humana de la historia como elementos caracterizadores de una perspectiva feminista en arqueología.

En la dirección señalada por Conkey, sin duda, el trabajo de Jane Spector (1991) sobre un punzón perdido resulta paradigmático de una posibilidad de acercamiento microarqueológico en la investigación (figura 1). La excepcionalidad, tanto de las características objetuales de un mango de punzón como del lugar de su hallazgo (un basurero), permitió esta arqueóloga reseguir el hilo documental para proponer una explicación a esta anomalía, a esta “excepción normal” de la que hablan los microhistoriadores. Así pues, una confluencia aparentemente contradictoria de objeto y contexto supone un indicio para descifrar la estructura oculta que dota de significado a las desviaciones de la norma. No resultaría, pues, suficiente describir las “biografías de los objetos” (Gosden y Marshall, 1999), sino profundizar en aquéllas que no se ajusten a la dinámica prevista, sea una máscara australiana en un museo de Nueva York (Seip, 1999), una pareja de hombres enterrados como marido y mujer (Reeder, 2000) o un contenedor cerámico con errores de manufactura (Colomer, 2005). Estos ejemplos nos están mostrando presencias singulares, excepcionales en contraposición a las consideradas “normales” y, por extensión, son expresión, por presencia y por ausencia, de la experiencia histórica de personas, en su tiempo y desde el nuestro.

BIBLIOGRAFÍA

- ADAM, B. (1990): *Time and Social Theory*, Cambridge, Polity Press.
- ALLISON, P. M. (ed.) (1999): *The Archaeology of Household Activities*, Londres y Nueva York, Routledge.
- BERTELSEN, R.; LILLEHAMMER, A. y NÆSS, J.R. (eds.) (1987): *Were they all men?: An examination of sex roles in prehistoric society*, Stavanger, Arkeologisk museum i Stavanger.
- BINFORD, L.R. (1981): “Behavioural archaeology and the “Pompeii Premise”, *Journal of Anthropological Research*, 37: 195-208
- BINTLIFF, J. (ed.) (1991): *The Annales School and Archaeology*, Leicester, Leicester University Press.
- BOURDIEU, P. (1972): *Esquisse d'une théorie de la pratique*, Ginebra, Droz.
- BRADLEY, R. (1991): “Ritual, time and history”, *World Archaeology*, 23(2): 209-219.

- BRAUDEL, F. (1969): *Ecrits sur l'histoire*, París, Flammarion.
- CANNING, K. (1994): "Feminist History after the Linguistic Turn: Historicizing Discourse and Experience", *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 19(2): 370-371.
- COLOMER, L. (2005): "Cerámica prehistórica y trabajo femenino en El Argar: una aproximación desde el estudio de la tecnología cerámica" en M. Sánchez Romero (ed.), *Arqueología y Género*, Granada, Universidad de Granada: 177-218.
- CONKEY, M.W. (2003): "Has feminism changed archaeology?", *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 28 (3): 867-880.
- CONKEY, M.W. y GERO, J.M. (1997): "Programme to practice: gender and feminism in archaeology", *Annual Review of Anthropology*, 26: 411-37.
- COUDART, A. y OLIVIER, L. (1995): "French tradition and the central place of History in the Human Sciences. Preamble to a dialogue between Robinson Crusoe and his Man Friday" en P. Ucko (dir.) *Theory in Archaeology, A World Perspective*. Londres y Nueva York: Routledge: 363-381.
- CRIADO, F. (2001): "Problems, functions and conditions of archaeological knowledge", *Journal of Social Archaeology*, 1(1): 126-146.
- CURIÀ, E.; MASVIDAL, C. y PICAZO, M. (2000): "Desigualdad política y prácticas de creación y mantenimiento de la vida en Iberia septentrional", *Arqueología Espacial*, 22: 107-122.
- DAMM, Ch. (2000): "Time, Gender, and Production: A Critical Evaluation of Archaeological Time Concepts" en M. Donald y L. Hurcombe (eds.) *Gender and Material Culture in Archaeological Perspective*, Londres, MacMillan: 110-122.
- DAVIES, N. Z. (1976): "Women History in 'Transition': The European Case", *Feminist Studies* 3(3/4): 83-103.
- DAVIS, N.Z. (1984): *El retorno de Martin Guerre*, Barcelona, Antoni Bosch.
- DOBRES, M.A. y ROBB, J.E. (2000): *Agency in Archaeology*, Londres y Nueva York, Routledge.
- FONTANA, J. (1982): *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Crítica.
- FOWLER, Ch. (2004): *The Archaeology of Personhood: an Anthropological Approach*, Londres, Routledge.
- FOXHALL, L. (2000): "The running sands of time: archaeology and the short-term", *World Archaeology*, 31(3): 484-498.
- GILCHRIST, R. (1994): *Gender and Material Culture. The Archaeology of Religious Women*, Londres, Routledge.
- GILCHRIST, R. (1999): *Gender and Archaeology. Contesting the past*, Londres y Nueva York, Routledge.
- GINZBURG, C. (1999): "Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales" en C. Ginzburg, *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia*, Barcelona, Gedisa: 138-175.
- GINZBURG, C. y PONI, C. (1979): "Il nome i el come: Scambio ineguale e mercato storiografico", *Quaderni Storici*, 40: 181-190.
- GONZÁLEZ MARCÉN, P. y PICAZO, M. (1998): *El tiempo en arqueología*, Madrid, Arco-Libros.

- GONZÁLEZ MARCÉN, P. y PICAZO, M. (2005): "Arqueología de la vida cotidiana" en M. Sánchez Romero (ed.), *Arqueología y Género*. Granada, Universidad de Granada: 141-158.
- GOSDEN, Ch. (1994): *Social Being and Time*, Londres, Blackwell.
- GOSDEN, CH. y MARSHALL, Y. (1999): "The cultural biography of objects", *World Archaeology* 31(2): 169-178.
- GROENEN, M. (1994): *Pour une histoire de la préhistoire*. Grenoble, Jerome Millon.
- HALL, E.T. (1983): *The dance of life: the other dimension of time*, Nueva York, Anchor Press.
- HAREVEN, T.K. (1991): "Synchronizing Individual Time, Family Time, and Historical Time" en J. Bender y D.E. Wellbery (eds.), *Chronotypes. The construction of time*, Stanford, Stanford University Press: 167-182.
- HASTORF, C.A. (1991): "Gender, space and food in Prehistory" en J.M. Gero y M.V. Conkey (eds.), *Engendering Archaeology. Women in Prehistory*, Oxford, Blackwell: 132-162.
- HENDON, J.A. (1996): "Archeological approaches to the organization of domestic labor: Household Practice and Domestic Relations", *Annual Review of Anthropology* 1996: 45-61.
- HODDER, I. (1987): "The contribution of the long-term" en I. Hodder (ed.), *Archaeology as long term history*, Cambridge, Cambridge University Press: 1-8.
- HODDER, I. y CESSFORD, C. (2004): "Daily Practice and Social Memory at Çatalhöyük", *American Antiquity*, 69(1): 17-40.
- HURCOMBE, L. (2000): "Time, Skill, and Craft Specialization as Gender Relations" en Moira Donald y Linda Hurcombe (eds.), *Gender and Material Culture in Archaeological Perspective*, MacMillan Press Ltd, London: 88-109.
- IGGERS, G. (1998): *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, Barcelona, Idea Books S.A.
- KARLSSON H. (ed.) (2001): *It's about Time. The Concept of Time in Archaeology*, Bricoleur Press, Göteborg.
- KNAPP, A.B. (ed.) (1992): *Archaeology, Annales and Ethnohistory*, Cambridge, Cambridge University Press.
- LEMMONIER, P. (ed.) (1993): *Technological Choices. Transformation in Material Cultures since the Neolithic*, Londres y Nueva York, Routledge.
- LEROI-GOURHAN, A. y BREZILLON, M. (1972): "Fouilles de Pincevent. Essai d'anlyse ethnographique d'un habitat magdalénien. La section 36", VII^e Supplément à *Gallia préhistorique*, París, CNRS.
- LUCAS, G. (2005): *Archaeology of Time*, Londres, Routledge.
- LÜDTKE, A. (ed.) (1989): *Alltagsgeschichte. Zur Rekonstruktion historischer Erfahrungen und Lebensweise*, Frankfurt am Main.
- MAGALLÓN, C. (1999): "Privilegio epistémico, verdad y relaciones de poder. Un debate sobre la epistemología del *feminist standpoint*", en M.J. Barral, C. Magallón, C. Miqueo y M.D. Sánchez (eds.), *Interacciones ciencia y género. Discursos y prácticas científicas de mujeres*, Barcelona, Icaria: 63-80.

- MCGLADE, J. (1999): The times of history: archaeology, narrative and non-linear causality. En T. Murray (ed.), *Time and Archaeology*, Londres, Routledge: 139-163.
- MEDICK, H. (1989): "Missionare im Ruderboot? Ethnologische Erkenntnisweisen als Herausforderung an die Sozialgeschichte", en Lüdtke, A. (ed.), *Alltagsgeschichte. Zur Rekonstruktion historischer Erfahrungen und Lebensweise*, Frankfurt am Main: 48-84.
- MOORE, H.L. (1988): *Feminism and Anthropology*, Oxford, Polity Press.
- MUIR, E. (1998): "Observer les petiteses", en A. Colominas y V.S. Olmos (eds.), *Les raons del passat. Tendències historiogràfiques actuals*, Catarroja, Afers: 183-208.
- NEVETT, L. (1994): "Separation or seclusion? Towards an archaeological approach to investigating women in the Greek Household in the fifth to third centuries", en M. Parker Pearson y C. Richards (eds.), *Architecture & Order: Approaches to Social Space*, Londres y Nueva York, Routledge: 98-112.
- PALAZZI, M. (1999): Dones i història: el cas italià, *Afers. Fulls de recerca i pensament* 33-34: 427-457.
- PELTONEN, M. (2001): "Clues, margins and monads: the micrp-macro link in historical research", *History and Theory* 40: 347-359.
- PICAZO, M. (1997): "Hearth and home: the timing of maintenance activities", en J. Moore y E. Scott (eds.), *Invisible People and Processes: Writing Gender and Childhood into European Archaeology*, Londres, Leicester University Press: 59-67.
- REEDER, G. (2000): "Same-sex desire, conjugal constructs and the tomb of Niankhkhnum Khnumhotep", *World Archaeology* 32(2): 193-208.
- SEIP, L.P. (1999): "Transformations of meaning. The life history of a Nuxalk Mask", *World Archaeology* 31(2): 272-287.
- SPECTOR, J.D. (1983): "Male/Female Task Differentiation among the Hidatsa: Toward the Development of an Archaeological Approach to the Study of Gender", en P. Alberts y B. Medicine (eds.), *The Hidden Half. Studies of Plains Indian Women*, Washington, University Press of America: 77-99.
- SPECTOR, J.D. (1991): "What this awl means: toward a feminist archaeology" en J.M. Gero y M.V. Conkey (eds.), *Engendering Archaeology. Women in Prehistory*, Oxford, Blackwell: 388-406.
- THOMAS, J. (1996): *Time, Culture and Identity: An Interpretive Archaeology*, Londres, Routledge.
- THOMPSON, E.P. (1963): *The Making of the English Working Class*, Londres, Victor Gollancz.
- THOMPSON, E.P. (1991): *Customs in Common: Studies in Traditional Popular Culture*. Londres, Merlin Press.
- VIDAL, R. (1999): "La Historia y la Postmodernidad", *Espéculo. Revista Electrónica Cuatrimestral de Estudios Literarios*, 13, Universidad Complutense de Madrid.
- WILK, R. y RATHJE, W.L. (1982): "Household Archaeology", *American Behavioral Scientist*, 26(6): 617-639.

